

LAS ESPAÑAS Y LA PRESENCIA DEL QUIJOTE
ENTRE LOS EXILIADOS EN MÉXICO

Siempre es difícil, por no decir atrevido, acercarse a indagar cualquier asunto que esté relacionado con ese misterio que es el *Quijote*. El hecho de que haya gozado del beneplácito de los lectores durante cuatro siglos ha contribuido a que sus ideas, refranes, palabras y conceptos se mantengan bien vivos en la memoria colectiva; pero, además, alimentado por ese fondo mítico que soportan las figuras de don Quijote y Sancho, que escapa al análisis lógico y que a la postre es lo que hace de imán y provoca nuestra admiración y entusiasmo. Cualquiera que se pasee por un país donde se hable español notará esa presencia y si se trata de México, la sentirá por todos lados, manifiesta o soterradamente¹. Un buen ejemplo de todo ello es *Las Españas*, la revista del exilio republicano fundada por Manuel Andújar y José Ramón Arana y que sobresale por ser —de entre las aparecidas en México— la de más larga andadura —de 1946 a 1963—.² Al adoptar una línea abierta y plural, tanto en el plano histórico y político como en el literario —basta reparar en su nombre— ejerció enorme influencia, agrupando a su alrededor a un elevado número de exiliados y prolongándose en instituciones tan emblemáticas como el Ateneo Español de México.³ Y por eso los propósitos que perseguía —la difusión de la cultura española y el diálogo sobre el futuro de España— pudieron salir adelante.

No es aventurado pensar que en todo esto tuvo mucho que ver el *Quijote*, pues al ser reafirmado como uno de los símbolos más legítimos, posibilitó en alguna medida que los exiliados dejasen a un lado sus frecuentes disputas ideológicas. Esta hipótesis tiene también a su favor el hecho de que en las revistas que podemos considerar como antecedentes de *Las Españas* —*Aragón* y *Ruedo Ibérico*—, Cervantes y el *Quijote* están prácticamente ausentes. Y llama la atención que ocurra lo mismo con el único número de *Ultramar*, que

¹ A ello han contribuido en los últimos sesenta años muchos exiliados, de entre los que destaca Eulalio Ferrer (ha creado con fondos propios el único Museo Iconográfico Cervantino que existe en el mundo, promueve los anuales Coloquios Internacionales que se celebran en Guanajuato, ha sembrado muchos lugares con las figuras de Don Quijote y Sancho...).

Del lenguaje de Cervantes decía Juan José Domenchina: “La mayoría de los españoles habla el castellano de Cervantes y sin conocimiento de que lo habla. Casi todas las imágenes, un sinnúmero de locuciones y buena parte del léxico del Quijote, se han incorporado a nuestra lengua actual” (“Apostillas. Con motivo del cuarto centenario de Don Miguel de Cervantes Saavedra”, *Las Españas*, n° 5, julio 1947, pp. 5, 15).

² Quien tenga interés en conocerla debe acudir al mejor estudio que hasta ahora se ha hecho sobre la revista; se debe a James Valender y Gabriel Rojo Leyva, del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México (*Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946-1963)*, El Colegio de México, – Fondo Eulalio Ferrer, México, D.F., 1999); incluye estudio introductorio, índices general y onomástico, entrevistas y una amplia antología. En cervantesvirtual.com pueden encontrarse los números de *Las Españas*, y de *Diálogo de Las Españas*. En el 2002 salió a la luz una edición facsímil de *Las Españas*, editada por la Fundación Pablo Iglesias con motivo de la exposición que sobre el exilio, se inauguró en el Parque del Retiro de Madrid en septiembre del mismo año.

³ El Ateneo Español de México —fundado en 1949— tuvo su origen en “Los Amigos de Las Españas”, grupo constituido en 1948 para “ayudar moral y económicamente” a la revista y para “regularizar su salida”, cosa que no consiguió. (Ver “Editorial”, n° 9, julio 1948, p. 2; y Valender-Rojo, Leyva, ob. cit. pp. 44-46). Agradecemos a Leonor Sarmiento, actual presidenta del Ateneo, y a quien fue su bibliotecario, Alejandro Yustiaza, las facilidades que me dieron para consultar *Las Españas* y otros fondos de sus archivos.

salió a la calle el año del Centenario.⁴ Así pues, desde múltiples perspectivas Cervantes y *Las Españas* están bien entrelazados.

De los tres períodos en que suele dividirse la trayectoria de la revista⁵ el que más nos interesa es el primero: los dieciocho números que se publican desde octubre de 1946 a agosto de 1950, sobre todo los de 1947 y, en especial el de julio, dedicado exclusivamente a Cervantes. Es el período donde la orientación cultural predomina sobre la discusión política. En esos números el *Quijote* es objeto de casi todos los comentarios cervantinos y aunque éstos son muy variados, tienen la impronta de las circunstancias que viven los exiliados. Nos encontramos que por cualquier página afloran palabras, frases o apostillas que están generadas por el *Quijote* y a las que se recurre conscientemente o de forma involuntaria. Es un nivel expresivo inmediato, algo así como los “prontos quijotescos”. Leemos, por ejemplo, que la sonrisa de Charlot al final de la película *Candilejas* es la misma que la de don Alonso Quijano el Bueno, o que la Iglesia ha sido en España “como una roca que se alzase a mitad de camino, obstruyendo el paso de Don Quijote y Sancho”; Martí es el “quijotesco isleño que en todas partes rompió lanzas por la justicia” y hasta James Valender y Gabriel Rojo Leyva, los autores del completísimo estudio sobre *Las Españas*, parecen contagiarse de estos aires y comentan: “Los republicanos podrían quedar derrotados en batalla, pero su sentido de superioridad moral y espiritual, como el de don Quijote al quedar derrotado por ‘las malas artes’ de los encantadores, se mantendría incólume”.

Y es que no era *Las Españas* el lugar apropiado para hacer exclusivamente comentarios eruditos o análisis filológicos del *Quijote*; en más de una ocasión se rechaza esa lectura excesivamente académica que ahoga el texto e impide “ponernos en íntimo contacto con lo que Cervantes dijo”.⁶ Así, aunque encontremos artículos de un nivel de reflexión muy profundo y otros de gran creatividad literaria, la mayoría, incluidos éstos, son fruto de ese “íntimo contacto” con la obra, que posibilitará la expresión de sentimientos ampliamente compartidos, como la identificación con el héroe o la nostalgia de España.

⁴ De Aragón. *Gaceta Mensual de los Aragoneses en México* se publicaron cinco números (de octubre de 1943 a marzo de 1945). El único número de *Ruedo Ibérico* salió a la luz en septiembre de 1944. Estas dos revistas son antecedentes de *Las Españas* por quienes las editaron y colaboraron en ellas, así como —en el caso de *Ruedo Ibérico*— por el enfoque y objetivos que perseguía (ver Valender-Rojo Leyva, ob.cit., pp. 17-31). En *Ruedo Ibérico* hay referencias a Cervantes en “Del libro y la revista. Los pícaros y un prólogo”, de Benjamín Jarnés (p. 9). De *Ultramar* hay reedición facsimilar (El Colegio de México, México D.F., 1993) a cargo —y con estudio introductorio— de James Valender, quien analiza las similitudes y diferencias con respecto a *Las Españas* (“Los peregrinos de Ultramar”, pp. 7-23).

⁵ Siguiendo el criterio de Manuel Andújar la dividiremos en tres períodos: 1º) 18 números, en quince entregas más una de *Noticias de Las Españas*: desde octubre de 1946 hasta el especial de agosto de 1950 dedicado a la ONU. A partir de esta fecha Manuel Andújar deja de ser editor de la revista. 2º) 15 números en cuatro entregas más tres de *Noticias de Las Españas*: de 1951 a 1956; hay que tener en cuenta que no salió ningún número en 1954 ni en 1955. 3º) 5 números en cuatro entregas de cuando se convierte en *Diálogo de Las Españas*: de 1957 a 1963.

⁶ Así opina en un largo artículo José María de Semprún y Gurrea, “La lectura de Cervantes”, *Las Españas* n° 23-25, abril 1953, pp. 1, 28, 50. Otro ejemplo: En “Valor de Cervantes en la literatura universal”, Nicolau D’Olwer resalta que “no fue una obra impuesta por los intelectuales, sino *plebiscitada* por el lector común. Sólo muy tarde, y a remolque del éxito popular, literatos, artistas y pensadores se ocupan del *Quijote*”, *Las Españas* n° 15-18, agosto 1950, pp. 40-42.

Cuando en el primer número los editores declaraban que la revista “no se debe a ninguna capilla literaria, ni está obligada con ninguno de los sectores que componen la emigración política española”, y que “está abierta a todos los intelectuales españoles, sin distinción de credo religioso y político”,⁷ lo que están afirmando es la defensa de la libertad a través de la independencia y de la pluralidad en la expresión de las ideas. Por eso los temas relacionados con el *Quijote*, aunque giren alrededor de unos determinados interrogantes, reciben a menudo un enfoque heterodoxo y muy distintas formas expresivas.

Haciendo un recorrido por este caleidoscopio cervantino que es *Las Españas*, podemos ver cómo Cervantes y el *Quijote* están presentes y de alguna manera sirven:

- Para buscar la substancia de lo español y reafirmar los valores por los que tuvieron que abandonar la patria.
- Para reivindicar una postura política y cultural abierta y defensora del diálogo con los que estaban en España.
- Para difundir la cultura española a través de la obra cervantina, sobre todo volcándose en las celebraciones del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, en 1947.
- Como bandera para crear relatos y pequeños ensayos históricos y filosóficos que se caracterizan por su heterogeneidad.

Leyendo los recuerdos de José Ramón Arana⁸ nuestra imaginación vuela a México capital a principios de los años cuarenta, allí donde un numeroso grupo de artistas e intelectuales solía reunirse en la tertulia diaria de la Editorial Séneca. Personajes quijotescos donde los haya: Gallegos Rocaful, que según Arana “no era alegre, porque ser alegre es difícil cuando todo lo humano importa”; José Bergamín, de perfil enjuto y que seguramente fue quien colgó al fondo del pasillo el retrato de su adorado Unamuno; García Bacca, “el Diablo”, “llano, sencillo”, “una personalidad tan original y poderosa” que, según José Gaos, corría el riesgo de ser, desde Suárez, el más digno español de ser llamado filósofo.⁹

Ellos, como muchos otros que procedían de muy distintos rincones de “las Españas y que acababan de iniciar la aventura del destierro, discuten las causas del fracaso de la guerra a la vez que procuran relacionarla con tal o cual pretendida “esencia” española. Américo Castro, que revolucionó el mundo de la crítica cuando en 1925 explicó las fuentes humanistas de la obra de Cervantes, publica en *Las Españas*, en noviembre de 1947, un interesante artículo donde recomienda no reducir la historia de las naciones con conceptos prefijados, pues “la realidad del vivir humano posee dimensiones ideales no agotadas en la noción del progreso, en las ventajas del conocimiento teórico y del bienestar de la vida de cada día. Caeríamos en otro caso en la pregunta de Sancho: qué vale más, ¿resucitar a un muerto, o matar a un gigante? Qué vale más, ¿Goya o la bomba atómica?”¹⁰ Son esas dimensiones ideales las que pueden ayudar a explicar las obras y acciones que trascienden

⁷ *Las Españas* n° 1, octubre 1946, p. 7.

⁸ “Gallegos Rocaful José M. en Séneca”, firmado con el seudónimo “Abenámar”, *Diálogo de Las Españas* n° 4-5, octubre 1963, pp. 45-47.

⁹ Gaos José, “Filosofía y literatura, según un filósofo español”, *Cuadernos Americanos* n° 5, 1945 (En *Obras completas IX*. UNAM, México 1992, pp. 223-224).

¹⁰ “Irradiaciones del vivir hispánico”, *Las Españas* n° 7, noviembre 1947, p. 11.

el mundo hispánico, pues “el estilo español de vida... hizo patente a otros el conflicto inevitable entre el ser de la persona y su estar existiendo, entre lo que se quiere y lo que se debe, entre aspirar y realizar, pues el español se ocupó menos con las dificultades halladas fuera de sí, que con las ofrecidas por la propia persona”. En 1948 Castro publica *España en su historia*. Es muy interesante fijarnos en el breve comentario que le hace Mariano Granados, uno de los redactores de la revista, porque se centra en cuestiones que servirían a más de un exiliado para interpretar lo que había pasado¹¹: El carácter español es en gran parte el resultado de ocho siglos de convivencia entre cristianos, moros y judíos. “*España, como cualquier otro pueblo, ha sido un ‘sujeto’ problemático que tuvo que ir creándose y manteniéndose mientras vivía*”. Mas con una impronta especial: vive en una constante inseguridad y angustia “*en cuanto a su mismo existir, el no estar en claro, el vivir en dudosa alarma*”; y es que “*la historia hispana es en lo esencial la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosas y, a la vez, de la grandeza, de la miseria y de la locura provocada por ellas*”. Y si bien es verdad que otros pueblos “*no estuvieron libres del latigazo ocasional de la insatisfacción y de la autocrítica*”, lo de España, utilizando una metáfora tan nuestra desde que Jorge Manrique la acuñara, “*lo de España fue y es... algo así como un río [que] no cesara de preguntarse si sus aguas van realmente por donde deben discurrir*”. Para muchos, Castro tenía razón al menos en una cosa: no pocas de las grandes creaciones culturales hispanas se originaron en esa lucha religiosa latente que quiere responder a la pregunta más humana que pueda hacerse: “¿qué sentido tiene este vivir diario?”. Se trata, pues, de un sentimiento espiritual que nos hace salir de nuestro yo inmediato, el de las necesidades más perentorias —por eso muchas veces dejan de serlo— y que, al agrandarse nos da ese sentido de plenitud que tanto se parece a los ensueños.

Este “estilo de vida”, esta “manera de pensar, sentir y querer” es como los españoles reaccionan “ante la vida y ante la muerte”, una forma de ser— mitad estoica, mitad cristiana— que aprovecha las ocasiones que se le presentan para “ir gastando su riqueza interior... en hacerse a sí mismo a la medida de sus deseos”, como sostiene con profundidad filosófica Gallegos Rocafull¹². Recordando que para Unamuno es el sentimiento angustioso de la muerte lo que nos arranca del ajetreo diario y “*nos lleva de golpe y porrazo al conocimiento sustancial de las cosas*”, quiere hacer ver a los exiliados que la angustia en la que viven es “el momento más adecuado para que salga fuera de cada cual lo más puro y valioso de su pensamiento y de su alma”. Frente a la España efímera, está la España eterna, simbolizada en un don Quijote que tiene que salir al mundo para desplegarse, pues “se sirve del espacio para ir realizando su obra en el tiempo”, una obra que tiene como eje el honor, que no es otra cosa que la fidelidad a los principios universales de libertad y justicia; como decía don Quijote: “Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida” (II, 58). Y es que —decía Unamuno— la acción hace la verdad, por eso “la verdad es lo que hace vivir y no el pensar”.¹³

¹¹ “Américo Castro: *España en su historia: cristianos, moros y judíos*”. Losada, Buenos Aires, 1948. *Las Españas* n° 11, enero 1949, p.4.

¹² “Las Españas”, *Las Españas* n° 7, noviembre 1947, p. 10, y “Acto en defensa de la cultura española”, *Las Españas* n° 10, septiembre 1948, pp. 2-3. Este importantísimo acto se celebró el doce de julio de 1948 en la sala de conferencias del Palacio de Bellas Artes; intervinieron Gallegos Rocafull, Marcel Bataillon y Antonio Castro Leal., cuyos discursos se publicaron íntegros en el número antes citado.

¹³ Esta última cita es nuestra y está tomada del capítulo LVIII de *Vida de Don Quijote y Sancho*, de donde son la mayoría de las referencias a Unamuno a las que alude Gallegos Rocafull en su discurso.

Sabemos que el compromiso de Antonio Machado con la República fue para los exiliados uno de los ejemplos más heroicos y a ello se alude continuamente en la revista, pero en esa búsqueda del ser de España es Unamuno el que inspira la mayoría de las reflexiones. Si Ortega y Gasset es denostado por su falta de compromiso con la defensa de la República y por sus devaneos con el régimen de Franco, Unamuno, en cambio, será respetado por haberse enfrentado a los golpistas, saliendo a relucir en numerosas ocasiones su famoso “¡Venceréis, pero no convenceréis!” Aunque muchas de las referencias sobre Unamuno se centran en los rasgos más llamativos de su indomable carácter y en hacer analogías superficiales entre él y su Don Quijote, lo que importa destacar es que se siguen sus pasos a la hora de reivindicar la tradición humanista como eje espiritual de la historia de España.

Así ocurre con Marcel Bataillon cuando en México recuerda emocionado, el origen de su profunda admiración por Unamuno¹⁴: la lectura de un artículo donde alaba esa “nobilísima guerra civil” que se desató en Francia “por un problema de justicia”, l’Affaire Dreyfus. El posterior conocimiento de sus obras, en especial de *Vida de Don Quijote y Sancho*, le descubre esa tradición española “que defiende una idea universal de cultura, que rechaza el terror y la fuerza como medios para imponerla” y “que descansa en individuos conscientes de su deber y exigentes consigo mismos”, como Fray Luis de León o Juan de Valdés.

Es obligado recordar que en esa década de 1940 serán los filósofos en el exilio quienes estudien en profundidad esa tradición, sin excluir a los heterodoxos —como Miguel Servet—, y reivindicuen con valentía el carácter asistemático de la filosofía española y sus formas de expresión tan peculiares. Traducen a los clásicos y a los pesos pesados de la sagrada metrópoli alemana, pero no tienen reparo en realizar análisis muy profundos de la mística o del teatro de los Siglos de Oro, o hacer del *Quijote* el eje de ensayos de mayor calado filosófico.

Entre los publicados en *Las Españas* destacan los de Nicol, Ímaz, García Bacca y María Zambrano¹⁵; los de estos dos últimos estaban centrados en el carácter problemático del pensamiento español. García Bacca¹⁶ reprocha a la tradición filosófica occidental el haber mutilado al hombre por reducir la conciencia a un papel *puramente presentacional*, evitando que se muestren “nuestros afectos, nuestros dolores, nuestros presentimientos, nuestro carácter, nuestros anhelos, nuestras angustias íntimas, nuestros deseos ...” Al igual

¹⁴ “Acto en defensa...”, *Ibiden*

¹⁵ De Eduardo Nicol apareció “Propiedad y comunidad”, *Las Españas* n° 9, julio 1948, pp. 1, 14, donde analiza la importancia de la filosofía jurídica de Suárez para fundamentar una idea del Estado que no se reduzca a lo económico y esté basada en la vinculación solidaria y la generosa entrega. Eugenio Ímaz encabeza su ensayo “Angeología y humanismo” con la afirmación de don Quijote: “Yo sé quién soy y sé qué puedo ser” (*Yo sé quién soy y sé que puedo ser...*, I, 5). Polemizando con los escritos de Heidegger y Sartre defiende que la tradición humanista es más antigua y distinta a la cristiana y procede de fuentes griegas y latinas que tomarán nuevo empuje en el Renacimiento; Alfonso de Valdés y Luis Vives serían ejemplos de ese humanismo español tan influido por la obra de Erasmo (*Las Españas* n° 15-18, agosto 1950, publicado cinco meses antes de suicidarse).

¹⁶ De García Bacca se publicaron en *Las Españas* tres artículos: “Unamuniana. De Israel a Fanuel, de luchador con Dios a vidente de Dios” (n° 19-20, mayo 1951), “Unamuniana. Ser a secas o ¡afuera las preposiciones!” (n° 21-22, abril 1952) y éste que comentamos, “El problema filosófico de la conciencia agónica según Miguel de Unamuno”, en dos entregas (I, n° 1, octubre 1946, p. 6; y II, n° 2, noviembre 1946, p. 8), que formará parte del volumen I de su *Nueve grandes filósofos contemporáneos*, Minist^o de Educ. Nac. de Venezuela, Caracas, 1947.

que Unamuno, se niega a separar “pensamiento y conciencia intelectual, por una parte, y por otra todo lo demás del hombre concreto de carne y hueso.” Después se detiene en lo que considera más original de esta concepción unitaria: el señalar la conciencia agónica de la vida como principio del filosofar, pues “la guerra interior, intestina, entrañable, es el padre de toda la filosofía.”

En el único ensayo que publicó en la revista¹⁷, María Zambrano también vuelve al libro donde Unamuno “volcó su pensamiento antifilosófico” —*Del sentimiento trágico de la vida*— y llama a continuar ese testimonio sincero, pero sin tener miedo a la Filosofía. Para ella quizás sea *Meditaciones del Quijote*, de Ortega, el mejor ejemplo de como lograr “la plenitud de una Filosofía española, es decir, realizada universalmente desde los supuestos y circunstancias de la intrincada vida española”. Un modo de pensar donde, afortunadamente, los conceptos de “vida” y “razón” no estén disociados y que se encuentra disperso “en novela, poesía, cuentos y hasta refranes”, como pruebas de que el asistematismo es el rasgo esencial del pensamiento español.

Estas reflexiones pudieron servir a los exiliados como marco filosófico donde encuadrar los valores con los que se sentían más identificados y que reconocen en Cervantes y el *Quijote*. Y fue la celebración del IV Centenario en 1947 lo que provocó una explosión de ideas, como queriendo demostrar que en el destierro estaban los verdaderos guardianes del tesoro universal de la cultura española.¹⁸

¿Cuáles eran esos valores? Según Ramón J. Sender son herencia del humanismo renacentista y se resumen en la defensa de la libertad; por eso “el *Quijote* es un libro exiliado” y la España de Franco no está legitimada para celebrar el IV Centenario, porque la cultura de la que procede está proscrita en España. Cervantes es la mejor expresión de esa herencia, es decir, del triunfo del espíritu en libertad que es capaz de descubrir en el hombre las constantes de la universalidad: “En el *Quijote* hallamos la presencia absoluta del hombre en la absoluta realidad que lo envuelve”. Cervantes, con claridad y sencillez, usando ese don natural para comunicar que caracteriza al genio, “familiariza a todo el mundo con el humor y con el fatalismo”.¹⁹ Un humor muy alejado del pesimismo de Mateo Alemán y que “se complace en buscar lo bueno en el hombre y en disculpar su maldad”.²⁰ Y es que, como resalta Nicolau D’Olwer, la risa irónica cervantina, su mirada indulgente y comprensiva y su cordialidad y simpatía ante las diferencias, son toda una lección de humanismo.²¹ Es tal la variedad espiritual y la diversidad social de los personajes que

¹⁷ “El problema de la filosofía española”, *Las Españas* n° 8, abril 1948, pp. 3, 13. María Zambrano ya había reflexionado sobre estos temas en los primeros momentos del exilio, en Cuba y en México; aquí se publicaron en 1939 *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*.

¹⁸ Este empeño centró los esfuerzos de dos números extraordinarios, de noviembre de 1947 (n° 7, “A la UNESCO”) y de agosto de 1950 (n° 15-18, “A la ONU”) (Ver Valender-Rojo, ob. cit., pp. 118-129); hay que resaltar que en ellos la presencia de Cervantes es más escasa que en los restantes números de 1947; y recordar que el cinco de julio de ese año era un número extraordinario dedicado íntegramente a Cervantes.

¹⁹ “Hace cuatro siglos que nació Cervantes”, *Las Españas* n° 4, marzo 1947, p. 3.

Luelmo Julio en “Los valores renacentistas en la obra de Cervantes”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, pp. 8, 13, inspirándose en A. Castro, analiza la concepción naturalista y heterodoxa de Cervantes y su entronque con el humanismo renacentista.

²⁰ Santullano Luis:, “Mateo Alemán, Cervantes y los pícaros”, *Las Españas* n° 6, sept. 1947, pp. 11, 14 (Mucho más breve, y titulado “Mateo Alemán y Cervantes”, será publicado en *Las mejores páginas del “Quijote”*, Aguilar, México 1948, pp. 135-139).

²¹ “Cervantes o la comprensión”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, p. 3.

aparecen en el *Quijote*, que cualquier lector puede verse reflejado en él. Por eso y por saber armonizar de forma tan vital el idealismo y el realismo humanos es por lo que goza del aplauso de todos.²²

Por último, para el pintor Ramón Gaya, cuyos dibujos ilustraban la revista, el *Quijote* “es algo así como un gran portalón abierto de par en par, no al paisaje, ni a los seres, ni a las ideas, ni a la fantasía, sino abierto de par en par al vacío”. Para él, una gran obra de arte es hija de la generosidad, es decir, no encierra nada, lo libera todo, porque “brota siempre de una prisión, de la prisión que somos, y por eso tiene esa libertad, tiende hacia la libertad”. Así ocurre en *Las Meninas* de Velázquez, en los poemas de San Juan de la Cruz, en la música de Mozart o en el *Quijote* de Cervantes, obras que no quieren sumar nada, sino restarlo todo para escapar desde el alma desnuda hacia donde sus hacedores no puedan seguirle, al generoso vacío.²³

Estas disquisiciones acerca del humanismo español y de su proyección en Cervantes y en el *Quijote*, y que corrían parejas a la búsqueda de una hipotética esencia española, servían también para explicar las experiencias del pasado y para ayudarles a irse adaptando al país que los acogió con generosidad inusitada. Así, otro de los artistas que colaboran en la revista, el catalán José Renau, al comentar “la falta de audacia creadora, el miedo a los ensayos y tanteos” de las obras de arte de los últimos decenios, concluye: “El amor a lo antiguo, la pasión arqueológica, es un impulso natural en la plenitud espiritual de los pueblos. Pero cuando no tenemos más recurso que vivir de las rentas del pasado, por glorioso y rico que haya sido, esto ya es decrepitud y decadencia”.²⁴

Podemos extrapolar las palabras de Renau a la obsesión más intensa que aún tenían los exiliados: regresar a España. Daniel Tapia cuestiona esa obsesión en varios artículos publicados en 1947 y 1948.²⁵ En el primero se recrea en los inconvenientes de lo que llamó “la virtud o el vicio de la doble visión”; nos dice: “los españoles hemos sufrido la amputación bárbara y despiadada de nuestra visión. No vemos o no queremos ver nada que no sea España. [...] Imaginar hasta llegar a ver, y ver para no morir. Imaginar ejércitos donde no los hay, como don Quijote, o ínsulas más o menos Baratarias, como la que le fue dado ver al bueno de Sancho. Ver a España en todas partes, en una flor, en una palabra, en

Juan Gil Albert, que al poco tiempo regresaría a España, se detiene a analizar las relaciones entre bondad y locura en don Quijote y se pregunta porqué en esos momentos están tan reñidas con la inteligencia (“Alonso Quijano el Bueno”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, pp. 10, 13).

²² D’Olwer, Nicolau: “Valor de Cervantes en la Literatura Universal”, *Las Españas* n° 15-18, agosto 1950, pp. 40-42. También comenta el poco valor que tienen las obras que imitan o se inspiran en el *Quijote*, sin referirse a ninguna escrita en castellano y pone ejemplos de análisis interesantes hechos por pensadores y literatos que prueban su influencia en la cultura universal.

²³ “Portalón de par en par”, *Las Españas* julio 1947, pp. 10, 13. Termina así este espléndido ensayo: “Por eso es tan impresionante su final, cuando vemos que *don Quijote* no es, como creen algunos, que gane la razón, sino que pierde la locura”.

²⁴ “El color del desaliento”, *Las Españas* n° 6, sept. 1947, p. 5. De este pionero del cartelismo en España sobresalen un curioso texto y un grabado, de tintes surrealistas e inspirados en el *Quijote* (s.t., “¡Sombra ancestral...!”), *Las Españas* n° 5, julio 1947).

²⁵ “El otro paisaje”, *Las Españas* n° 4, marzo 1947 (p.5), “Don Quijote desterrado”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, (pp. 5, 14), “La otra mujer de Lot”, *Las Españas* n° 9, julio 1948 (p. 11) y “Las castañas al fuego”, *Las Españas* n° 8, abril 1948, (p. 10).

Para el contexto y evolución política de la revista, ver Valender-Rojo Leyva, ob.cit. pp. 47 y ss., así como el estudio introductorio de James Valender a la reedición facsimilar de *Ultramar* (ver nota 4), en especial p. 22.

un paisaje”. Los exiliados sólo son capaces de oír esa voz lejana de su tierra nativa, una voz lejana pero “tan próxima en nuestro interior, tan familiar, y que, semejante a la voz de la inspiración, parece como si nos inundase naciendo de nosotros mismos”. Si se está en Taxco, su iglesia trae en seguida la imagen de “las doradas torres de Valencia”; los ates y la cajeta de Morelia quedan impregnados de olores del “ardiente arrope alicantino” y de “los dátiles de Elche”.

Tapia parece preguntarse: ¿Estamos condenados de por vida a sufrir este escollo, este enviciamiento? La respuesta está en el artículo aparecido cuatro meses más tarde, “Don Quijote desterrado”, una especie de ensayo filosófico donde, inspirándose en Cervantes, pues “ha sido fuera de España cuando esas dos voces tan españolas, la de don Quijote y la de Sancho, han estremecido nuestra alma”, reivindica un ideal de felicidad basado en la búsqueda de aventuras, en “ese dejarse estar o dejarse ir camino adelante, [...] al encuentro de la vida misma. No de la verdad, sino de las verdades” que afloran al hilo del discurso que mantienen amo y escudero. Frente al sentido vertical del monólogo, que prevalece en los místicos, don Quijote y Sancho tienen “un sentido llano y horizontal de la vida”, que es consecuencia de la conversación y el diálogo. Al igual que los exiliados, han llegado a México por un “imprevisto encantamiento”, “han salido fuera de su patria y hállanse a la verdad absortos ante el milagro y peripecia del destierro, tan español por lo demás, pues se diría que no se es completamente español, español cabal, sin la dimensión que aporta el destierro, y que no es otra que la de vivir en vilo, fuera de sí”. Don Quijote se siente enervado con esa “especie de ansiedad”, esa “perenne inquietud” e “inestabilidad” que se palpan a todas horas en México, pero sólo “anhela volver a España”. Sancho, en cambio, “avezado al sol, absorto ante todo lo que ve”, anda “encadilado”. “Vive don Quijote forzado por el prurito de regresarse a sus fealdades manchegas, y Sancho pugna por acomodarse. Echa de menos las bardas del corral y la venta o castillo, la basura e inmundicia de su solar patrio. Echa de menos incluso a los encantadores que dieron al traste con su enderezada vida. Lo añora todo, hasta los libros que le volvieron el seso, que le hicieron liberal. Pues no sólo quiere volver a España, sino volver a ella con la misma locura con que se marchó. Volver tan loco como antes, tan obstinado y terco, sin ceder en un punto. Piensa más en todo eso que en la propia Dulcinea, pues no ve otra señora de sus pensamientos que su tierra nativa, a la que idealiza y ensalza sobre toda otra.

Camina Sancho a su vera y va viendo lo que su amo deja de ver. Gústale a su ánimo aventurero el visitar nuevas tierras, en las que acaso sueña hallar su ínsula, y va poniendo minuciosa atención en todo. Le gusta México, y aun hace que repare su señor en que mucho de cuanto buscaba allí tan inútilmente, acá se le viene a las manos. Halla Sancho una libertad que se toca, una dulzura y apetitosa felicidad. Claro que piensa en su Teresa y en Sanchica, pero piensa en ellas con el propósito de traerlas.

No ve o no quiere ver don Quijote lo que Sancho le muestra, pues todo se le vuelve que necesita gigantes con quien entendedérselas. No quiere lo fácil”. No gusta de nada y aguanta “*porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella.*”

Ante estas dos posturas, obsesión por el pasado-mirada al porvenir, la revista irá acentuando su apoyo a la propuesta que consideran más realista: luchar contra ese hábito “de volver la cabeza hacia atrás” que puede acabar convirtiéndoles, como a la mujer de Lot, en estériles estatuas de sal. Aunque don Quijote es para ellos el símbolo de la fortaleza de ánimo del exiliado, derrotado físicamente mas no moralmente, los redactores de *Las Españas* insisten en que es una fantasía inútil querer mantener unas ilusiones que sólo han

nacido de esa manía de mirar al pasado. Si, como sostiene Tapia, “el destierro es un estado de soledad” desde el que se puede desvelar qué es lo que impide salir a caminar, “libres de trabas, de recuerdos, de rencores”, las dificultades sólo pueden superarse con voluntad quijotesca y teniendo fe en la aventura del diálogo entre todos los que luchan por una misma causa. A esto contribuye la buena acogida que tiene la revista no sólo en los círculos de exiliados de los países latinoamericanos y de Europa, sino también dentro de España, tendiendo así un puente muy significativo con el exilio interior, entre “los que allí luchan para terminar con esa ignominia y los que en el destierro sepan poner su emoción española a tono con tal combate y a pulso con el ánimo quijotesco”; ése es el mejor tributo, “no protocolario ni académico”, que se le puede rendir a Cervantes en el IV Centenario de su nacimiento²⁶.

Vemos, pues, cómo la novela de Cervantes sirve tanto para fundamentar la discusión política como para indagar la esencia de lo español y de su historia, especulaciones que se desarrollan muchas veces en torno a qué es el “quijotismo” o lo “quijotesco”, conceptos de los que se hace uso y abuso en numerosas páginas de la revista. Señalemos algunos ejemplos, empezando por los que insisten en un uso negativo de esos términos.

Desde 1947 el prestigio de la revista va agrupando en torno suyo a un número cada vez mayor de exiliados desencantados, pero que siguen añorando volver a España y que quieren encontrar nuevos cauces para lograrlo; sienten la República hasta la médula, pero son capaces de cuestionar lo que queda en pie del gobierno republicano. Por otro lado, van poco a poco desmoronándose las expectativas que despertó la victoria de los aliados; muchos creen que la suerte está echada y que los gobiernos llamados “democráticos” van aceptando al régimen franquista. Sólo los que andan despistados siguen creyendo en los foros internacionales, en la ONU y en la UNESCO. E incluso algunos advierten del peligro de que España se convierta en una colonia de Estados Unidos, “un país al que... suele tenerse por escasamente propenso al padecimiento quijotesco”, como escribe Pedro Salinas en un virulento artículo titulado “La última victoria de don Quijote”²⁷.

Con un lenguaje irónico y repleto de arcaísmos hace una serie de “parejuras”, entre la forma de actuar de don Quijote y la del senador estadounidense que propuso ante las Naciones Unidas, la no intervención como el mejor medio para “desfranquear” a España y ayudarle a alcanzar la democracia. Los empeños del caballero andante y del “senador sedente” “desembocan en la mismísima nada”. “¿Cabe fin más generoso? Quijotesco, puro quijotesco”. Al igual que en la novela, se plantea aquí el angustioso tema de “la distancia entre lo ambicioso del fin y lo inope de los recursos que le sirven”, entre unos hermosos fines y los medios menos indicados para lograrlo, “y eso es lo que algunos papanatas no entienden”. Sin poder contener la rabia que producen los amargos recuerdos del pasado, Salinas despótica contra “la religión activa del quijotismo”, “esa pandemia quijotil” que extiende por todo el mundo “el ejercicio heroico de la acción inútil”: “Y es que está lo quijotesco tan entrañado en lo español, tan llegados lo uno y lo otro a ser lo mismo, que apenas nos toquemos con algo hispánico, sin tocarlo siquiera, tan sólo con respirar su aliento, ya estamos dolientes de la famosa dolencia”.

²⁶ “Allá y Aquí”, Redacción (consensuado, pero probablemente redactado por José Ramón Arana), *Las Españas* n° 5, julio 1947, p. 20.

²⁷ *Las Españas* n° 3, enero 1947, pp. 3, 15.

Juan José Domenchina también ironiza sobre el fervor quijotesco español; para él “los prontos quijotescos de la españolidad” son el resultado de una arrogancia contumaz, algo así como pegar tiros que a la postre saliesen por la culata. Y Nicolau D’Olwer se lamenta de esa fácil generalización que personifica España con el Ingenioso Hidalgo: “Error grave, al cual se suman inconscientes y orgullosos muchos españoles. Grave, y de consecuencias funestas. Si España es don Quijote, los hombres prácticos saben de antemano que su lucha está perdida. ¿Para qué ayudarla?”²⁸.

Sin embargo son más frecuentes las interpretaciones que ven en lo quijotesco rasgos positivos del carácter español. En el primer número Carlos Vossler, apoyándose en Unamuno, sostiene que el quijotismo es una “energía volitiva” que tiene dos momentos: “arranque y ensueño”, “empuje y dejadez”. Eso explicaría por qué España tuvo dos siglos de oro en el campo de la cultura y uno sólo de predominio político. La mayoría de las grandes figuras literarias no manifiestan “sombra de duda o desaliento político”, sugestionados como estaban por “la tan poderosa y popular tradición de su poesía épico-lírica”. “Sólo unos pocos; Mariana, Quevedo, Gracián... toman conciencia de los peligros y daños que amenazaban a España”²⁹.

José Ramón Arana, como ya dijimos, uno de los fundadores de la revista, califica esta interpretación de “metafísico-poética” y no entiende como no ha incluido entre los escritores críticos de los siglos de oro a Miguel de Cervantes, pues el *Quijote* es “la crítica más aguda, más hondamente humana que se haya escrito en nuestro idioma. Un modo de crítica que no parte de la moral religiosa o política de un individuo, sino de los estratos más profundos del alma de todo un pueblo, de su concepción de la vida, de su ambición de ser, afirmando su sobrehumana voluntad por encima de todo sufrimiento, de toda flaqueza, hasta de la misma muerte”³⁰. Esta analogía entre voluntad de ánimo y quijotismo es la que más aparece en la revista.

Así, José Puche Álvarez pone como ejemplos la vida y obra de Costa, de Giner, de Unamuno y de Ramón y Cajal, a quien dedica un emotivo artículo³¹ resaltando que su heroísmo no es de los que se manifiestan en circunstancias imprevistas, o se producen como un fulgor momentáneo, sino de los que se basan en el trabajo y en el esfuerzo. Cajal quería que ‘quijotismo’ simbolizara “*la voluntad obstinadamente orientada hacia la luz y la felicidad colectivas*” y no el viejo vicio español de contemplar glorias pasadas.

Y, por último, un especialista en Cervantes, Luis Santullano, prefiere recordar “el día más feliz de don Quijote”, la única vez que Sancho consigue arrancar una sonrisa a su amo, el día del encuentro con el Caballero del Verde Gabán y la aventura de los leones, al final de la cual sentencia don Quijote: “*Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.*” (II, 17). Este sentido heroico del valor, con el que se identifica el exiliado desde muchos niveles, le sirve también para interpretar la historia del Descubrimiento y la Conquista de América. La obra de los misioneros, que sólo es concebible desde “la resuelta disposición aventurera del español”, le trae a la memoria

²⁸ Domenchina J.J., “Apostillas”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, pp. 5, 15. Nicolau D’Olwer, “Valor de Cervantes en la literatura universal”, *Las Españas* n° 15-18, agosto 1950, pp. 40-42.

²⁹ Vossler Carlos, “Siglo de Oro”, *Las Españas* n° 1, octubre 1946, p. 6.

³⁰ “Voces, ecos, sombras”, *Las Españas* n° 3, enero 1947, pp. 10-11.

³¹ “El mensaje de Cajal a las juventudes adormecidas”, *Las Españas*, n° 23-25, abril 1953, pp. 9-10.

las palabras de don Quijote cuando va camino del Puerto Lápice: “*Aquí podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras*” (I, 8)³².

El tratamiento del “quijotismo” no sólo aparece en el discurso político y en el ensayo histórico y literario, sino también en formas expresivas más creativas, como en un cuento de Benjamín Jarnés que es también un ensayo y que nos va a servir de ejemplo.³³ En un tono enigmáticamente erótico sorprende por jugar con el personaje de Altisidora, una mujer que “bien podría llamarse *ironía*”, celosa de Dulcinea por ser una mujer no de carne y hueso, sino un invento, quizás un gran dolor de hombre maduro que no quiere “despedirse de la juventud sin haber gozado” de cierto amor; por eso dice ante los duques: “Creo mucho más en la locura amorosa de don Quijote que en su locura aventurera... Claro es que a las gentes felices les es imposible comprenderlo. Ni lo pueden comprender los mentecatos.” Cuando escucha que la duquesa se queja del “quijotismo” de su doncella, ésta entiende de repente el misterio que encierra esa palabra mágica: ¡Quijotismo!, “esa vivaz sustancia, recién inventada, que debe inyectar en su propia vida”, “el ingenio que sabe resistir la prueba divina de las más crueles burlas, la posibilidad de romper los ritmos de un monótono programa de vida”. Oigamos a don Quijote y a la doncella ya casi al final del cuento. Don Quijote vuelve al palacio de los duques para disculparse por ser “tan esquivo” con “las tiernas miradas y palabras” de Altisidora, quien le reprocha:

- “Ya sé que el corazón lo tenéis en llamas por una sombra encantada. Pero decidme... ¿Cómo podéis preferirla a esta mujer de carne y hueso que por vos arde y por vos desfallece? Si yo fuese dueña de ese corazón, sabría conservarlo siempre vivo, en ascuas diariamente alentadas con mi mismo pulso y con mi mismo ardor. [...]
Os consumís inútilmente. ¿No teméis que vuestro amor desfallezca, que acabe de morir, falta de estímulo? ¿De qué se nutren vuestros ojos sino de la nada, de qué vuestros oídos sino de murmullos de arroyo o del viento, de qué vuestros brazos sino de fantasmas inasibles? ¡No os podéis nutrir, señor, con sólo centelleo de estrellas!
- Dulcinea es inmortal, su lumbre clara también lo es, como lo será mi amor.
- Amor es irse muriendo deliciosamente. Amar y vivir son una y la misma cosa. El amor es una muerte que en nada es comparable a vida alguna cristalina, como la de los minerales, como la de los astros. Vivir es pura angustia compartida. Pero vos no la compartís. Nadie responde a vuestros suspiros. Yo respondería con flores, con trinos, con besos.
- Yo prefiero otra angustia, otro vivir, otra aventura: la de quien persigue lo inasequible... Porque lo que podemos conseguir ¿no se nos deshace entre las manos?”

³² Santullano Luis, “El día más feliz de don Quijote”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, pp. 7, 14, y “Las misiones españolas en América”, *Las Españas* n° 15-18, agosto 1950, pp. 70-76. El primero se publicó con pequeños cambios en su *Las mejores páginas del “Quijote”* Aguilar, México 1948, pp. 69-74.

³³ “La ‘desenvuelta’ Altisidora”, *Las Españas* n° 3, enero 1947, pp. 7, 15. De él se publicó otro interesante ensayo cervantino: “Soledad de Cardenio”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, p. 5.

Para Benjamín Jarnés esta Altisidora, olvidada por los cervantistas y tan parecida a Teresa de Ávila, es el mismísimo Miguel de Cervantes y el “quijotismo” que descubre la doncella es, antes que todo, “la huida hacia lo inesperado”.

Por último, nos detendremos brevemente en la figura de Sancho, que es interpretada con la misma libertad que hemos visto hasta ahora en todo³⁴. Hay quienes lo ven como símbolo del español carente de ideales. Por ejemplo, Juan José Domenchina emplea su característico tono punzante para afirmar que no se siguen las cuerdas sinrazones del heroico don Quijote, porque lo que caracteriza a todos los españoles descreídos es “la idiosincrasia sanchopancesca”, pues “Sancho es un calzorras y, como tal, propende a tomar las de Villadiego cuando vienen mal dadas. Pero, por más que lo escalden, no escarmienta ni da en ser hombre avisado” y, aunque no crea en un ideal, aguanta por si tiene la suerte de que caiga la bicoca.

Sin embargo predominan los análisis que hacen de Sancho una figura mítica que vive encarnada en el pueblo. Para Gil Albert, Sancho es algo que hace siglos que ya no existe: es el pueblo sencillo y bueno, algo así como una roca viva que “tocada certeramente con golpe mágico, ábrese como manantial de agua pura o recóndito yacimiento de oro”.

También Pedro Salinas identifica a Sancho con “el bueno del pueblo... que clama por su amo” y que aún no ha aprendido que el quijotismo tan español “es todo paradoja, enormidad y absurdo”. En ese sentido parece estar escrito un extraño relato (en parte por estar incompleto) de Jean Camp, donde Sancho Panza terminará devorado por las hienas, como si fuera el pueblo al que han ilusionado con los sueños que acabarán por derrotarlo.

Para finalizar recogemos una pequeña muestra de la mejor “defensa” de Sancho, la que hace José Enrique Rebolledo en su artículo “Sobre el quijotismo de Sancho Panza”. Nos dice: “Se ha dicho que fue la soledad de héroe, la necesidad imperativa de diálogo lo que movió a Don Quijote a buscar a Sancho. Sí, es verdad; fue eso y algo más, mucho más. A Don Quijote le faltaban hueso y sangre, carne y tierra, rústico y elemental amor. A don Quijote le faltaban hambres. Y para ser héroe de cuerpo entero hubo de buscarlas en Sancho y él las dio con creces. Y porque seguía a sí mismo, siguió a su amo hasta la muerte y más allá de la muerte misma. Lo acompañó con locura intrahumana, y sólo quien, como él, la padece puede aspirar y alcanzar la divina, extrahumana locura”. Por eso, para reconstruir lo genuino español, hay que volver a Sancho, y “partiendo de él conquistaremos a don Quijote”. Ésa es la única manera de edificar un humanismo integral de raigambre española.

Este apretado caminar por *Las Españas* nos habrá dado una idea de la importancia que tuvieron Cervantes y el *Quijote* en el transcurrir de la revista, sobre todo en sus comienzos. Los intelectuales que la hicieron posible llevaron a cabo su misión con espíritu aventurero, y es que:

“Muchos son los andantes”, dijo Sancho.

“Muchos, respondió Don Quijote, pero pocos los que merecen el nombre de caballeros”, y así nos lo recuerda Manuel Andújar cuando define la misión del intelectual y

³⁴ Las citas se refieren a: Juan José Domenchina, ver nota 1; Gil Albert, ver nota 22; Pedro Salinas, ver nota 28; Camp Jean, “Sancho Panza. Cómo acabó la cruzada de Sancho Panza el idealista”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, pp. 9, 14.; J. E. Rebolledo, “Sobre el ...”, *Las Españas* n° 5, julio 1947, p. 8.

del artista: buscar “a través de su obra, gracias a esa dolorosa inquietud que los singulariza, la verdad y la belleza, transparentes encarnaciones del bien. Por encima de contingencias y modas, el resultado final de sus esfuerzos, el signo permanente de su expresión tradúcese en esta riqueza espiritual en que desembocan, y que al serlo asciende y trasciende de propiedad individual en dominio colectivo, en patrimonio de la sociedad”³⁵. Los intelectuales que hicieron posible la revista no se encerraron en una “soledad estéril” y supieron construir su mundo para y con los demás, con sus idealismos y sus sueños, como Cervantes, como don Quijote y Sancho.

Y fue posible porque en ellos germinó “la esperanza, que es planta que crece en la sequedad y entre dificultades” y no en el bienestar, que -como dice Gallegos Rocafull- seca la imaginación aventurera: “La esperanza entraña necesariamente un riesgo y esa incertidumbre que la hace más dramática y vital, la españoliza a su vez quijotizándola. Todo el que espera se expone a convertir en gigantes los molinos de viento porque toda verdadera esperanza busca en lo particular y pasajero lo universal y eterno, como la de don Quijote. Había aún para él sol en las bardas”³⁶.

Así, lo que supuso la presencia del *Quijote* en *Las Españas* puede seguir siéndolo para nosotros: “Presencia de ánimo”, es decir, entereza y serenidad siempre, y -sobre todo- en las adversidades.

Por eso es tan importante recuperar la herencia ejemplar de esos españoles que fueron desperdigados por el mundo. Y no sólo para rendir un merecido homenaje a ese pasado heroico, sino porque al observar sus obras con “generosidad”, es decir, queriendo recibir y aprender de ellos lo que más y mejor pueda iluminarnos, no hacemos sino orientar nuestros pasos con la guía de un testimonio que, por vital y sincero es sabio, y cuyos frutos están ahí, esperándonos.

³⁵ “El intelectual y su misión”, *Las Españas* n° 6, sept. 1947, pp. 3, 15.

³⁶ “El mensaje de esperanza de Cervantes. Aún hay sol en las bardas”, *Las Españas* n° 5, p. 11.

“Aún hay sol en las bardas -dijo don Quijote-“ (II, 3).